



XIV

ASALTO Y OCUPACION DE OAXACA

El 24 de noviembre casi a la vista de Oaxaca, escribió Morelos a Rayón una nota que decía: “Como lo prometí el año pasado, he llegado hoy a la garita de Oaxaca y con el favor de Dios atacaré mañana.” Y a las 5 de la mañana del día siguiente lanzó como en Orizaba la intimación perentoria para que la ciudad se rindiera a discreción en el término de cuatro horas. Al mismo tiempo dirigió un mensaje a las autoridades eclesiásticas de Oaxaca con amplias explicaciones que son a la vez justificación y requerimiento.

En este documento expresaba que el gobierno español en América era ilegítimo en sus principios porque tenía como origen la injusticia de la conquista, y se reafirmaba de este modo uno de los postulados que quitaban a la guerra el carácter de una simple contienda civil y formulaban el concepto de la creación de una nueva nacionalidad. Esta idea, aunque fuera confusa si se juzga con criterio riguroso de política y de geografía, tuvo sin embargo desde entonces un profundo valor sugestivo. Además, decía el mensaje de Morelos, ese gobierno es tiránico y bárbaro en sus providencias, y los impulsos naturales del hombre lo llevan a aprovechar toda oportunidad para remover las cadenas injustas que lo atan; la obediencia forzada sólo hace hipócritas y disimuladores y es temerario resistirse a las reclamaciones de libertad de un pueblo entero. El caudillo insurgente, vocal de la Junta de Zitácuaro y capitán general del ejército de América había recibido denuestos por parte del Cabildo y del deán de la iglesia de Oaxaca, pero no sería capaz por esto de violar sus deberes ni atentar contra personas ni contra español alguno; los insurgentes luchaban contra los déspotas y por romper las cadenas de su esclavitud, y deseaban que las autoridades eclesiásticas recono-

cieran esas justas reclamaciones y conservaran sus inmunidades y beneficios. Y por último, ofrecía a todos su seguridad individual, la conservación de sus derechos y la opción de ciudadanos, siempre que se prestaran a seguir sus banderas y procurar el reconocimiento de la soberanía legítima, es decir, el gobierno nacional.

Al mismo tiempo que el emplazamiento de rendición envió Morelos una carta al obispo don Antonio Bergoza y Jordán para decirle que, aunque el gobierno había cerrado los ojos a la razón sin querer ni siquiera la justicia de la causa insurgente, los que sostenían los derechos de la nación querían observar las máximas del derecho de gentes.

“Esta no es la ocasión, continuaba la carta de fulminar censuras: prevaleciéndose de la cristiandad de los pueblos... para conseguir una obediencia forzada...”

Apuntaba después el principio de la separación de la iglesia de las funciones políticas al afirmar:

“A más de que la disciplina y práctica de la Iglesia y la razón natural dictan que el sacerdote, ajeno de todo lo profano y terreno, en todo tiempo entre el vestibulo y el altar sólo se ocupe en la felicidad de las almas, el celo indiscreto y riguroso no puede producir sino desgracias, aun cuando parece que consulta al mejor servicio de lo eterno.”

Recuerda después Morelos al pontífice Gregorio VII que fulminando excomuniones contra Enrique IV de Alemania y el arzobispo de Rávena provocó un cisma del cual resultaron mucha efusión de sangre humana y la prisión de Su Santidad. Y agrega: “V. S. I. hasta aquí ha llenádome de dicterios, despreciando y ultrajando a cuantos me siguen... pero yo no seré capaz de violar mis deberes ni atentar contra su persona ni la de español alguno por sólo esta calidad. Las cadenas de una ominosa servidumbre de tres siglos son los que tratan de romperse...” Finalmente ofrece a todos su seguridad individual, la conservación de sus derechos y propiedades y la opción de ciudadanos, siempre que se presten, siquiera por su propio beneficio, a seguir las banderas insurgentes o influir cuanto esté de su parte en el reconocimiento de la soberana potestad del gobierno nacional.

El teniente general González Saravia había dirigido en Oaxaca los preliminares de la defensa con actividad, aunque con poca confianza en el triunfo, tanto por la deficiencia de la guarnición, recientemente reclutada, como por el temor de la población, que, ya bastante acobardada por el nombre temible de Morelos, aumentó su pánico con la fuga del obispo Bergoza, ardiente enemigo de la insurrección, y

por la conducta de los españoles de Oaxaca, que ocultaron en los conventos sus caudales, en previsión de un desastre.

La guarnición se componía de 2,000 hombres, entre los que se hallaba un cuerpo de eclesiásticos y otro de artesanos, organizados por el obispo fugitivo. El parque era abundante y la artillería constaba de 36 piezas, instaladas en los recintos fortificados. González Saravia solicitó sin cesar auxilios del virrey, y aun se tuvo esperanza de que las tropas que ocuparon a Izúcar y Tehuacán, a las órdenes de Aguila, pudieran llegar en socorro de la plaza, que en realidad tenía bastantes elementos de defensa y un bien combinado conjunto de fortificaciones.

Apenas ocupada la villa de Etla el 24 de noviembre, Morelos intimó la rendición de la plaza; mas no recibiendo respuesta alguna, dispuso el ataque para el día siguiente. Ya al caer la tarde, las divisiones mexicanas estaban circunvalando la ciudad, y Morelos dictaba a su secretario la orden del día: "A acuartelarse en Oaxaca."

A las once de la mañana del día 25, ya Morelos se disponía a iniciar el asalto, en vista de que el plazo concedido para rendirse había transcurrido con exceso sin que los realistas contestaran la intimación. Los insurgentes se dividieron en seis grupos: dos de ellos fueron destinados a cortar la retirada por el camino de Guatemala; uno quedó guardando los bagajes y la retaguardia, y de los tres restantes, el primero, mandado por Matamoros y Galeana, debía atacar el centro de la ciudad entrando por la calle del Marquesado; el segundo, mandado por don Ramón Sesma, tenía órdenes de ocupar el fortín construido en el convento de la Soledad, y el último, a las órdenes directas de Morelos, quedaba libre para proceder con las circunstancias.

El general en jefe, con su tranquilo valor de siempre, almorzó cerca de la batería que disparaba contra el fortín de la Soledad, a las órdenes directas del jefe de la artillería, Terán. De la Soledad respondían los realistas, y los proyectiles pasaban tan cerca de Morelos que los que le rodeaban lo instaron a alejarse del lugar peligroso, y, al fin, sin la menor precipitación se apartó unos cuantos pasos, quedando siempre expuesto al fuego enemigo. Muy pronto cayó el tinglado del fortín de la Soledad; la guarnición de este punto se apresuró a huir, y, unida con la tropa mandada por el coronel Bonavía, que desamparó la puerta y el puente levadizo que comunicaba a la Soledad con el centro de la ciudad, fue a ocultarse en el convento del Carmen. Este punto fue atacado con éxito por la columna de Matamoros, y el convento fortificado de Santo Domingo, con más de 300 defensores, fue

ocupado por la columna de Galeana. Todas las columnas fueron avanzando por diversos rumbos, y a las dos de la tarde, después de dos horas de fuego, entraba Morelos en la plaza mayor.

La caballería, mandada directamente por González Saravia, quiso hacer alguna resistencia; pero muy pronto se desbandó, casi sin combatir, viéndose obligado el teniente general a ocultarse en una casa, de donde pretendió escapar a los tres días, siendo aprehendido y presentado a Morelos, lo mismo que lo habían sido ya los jefes españoles Régules, Bonavía y Aristi. Todos ellos, así como un criado de Saravia, fueron juzgados por un consejo de guerra, sentenciados a muerte y ejecutados, a pesar de las súplicas y ruegos que se hicieron a Morelos, así como el ofrecimiento del teniente general Saravia de entregar como rescate una fuerte suma.

La ocupación de Oaxaca, que tuvo tanta importancia política y material para la causa de la Independencia, es la última acción de guerra importante de la tercera campaña.

Desde un punto de vista puramente militar, pueden juzgarse como operaciones complementarias las realizadas por don Miguel y don Víctor Bravo, que lograron reducir a las tropas realistas todavía existentes en el sur al verse encerradas en Acapulco; las expediciones del teniente coronel don Vicente Guerrero, quien despojó las regiones de la costa de Tehuantepec y tomó en su camino buena cantidad de tabaco y cacao abandonada por los españoles, así como el padre García Cano se había apoderado de varios cargamentos de grana, y, por último, la brillante victoria que Matamoros obtuvo sobre el teniente coronel Manuel Dambrini, quien, después de atravesar la frontera de Guatemala con una división organizada en dicha capitania general, obtuvo algunos éxitos de escasa importancia, y al fin fue desbaratado y puesto en fuga, con pérdida de armas y bagajes, en Tonalá el 19 de abril de 1813.

Bustamante dice que si esta riqueza hubiera sido recibida por manos económicas y sobre todo, por hombres leales a su nación, se habría comprado gran cantidad de armas y equipo militar de los Estados Unidos por la vía de Coatzacoalcos; se habrían formado cuadros de ejército con extranjeros, y se habría hecho una guerra terrible al enemigo sin mayor gravamen para los pueblos; pero que "Morelos tenía pocos buenos políticos consejeros que lo dirigiesen, y él ciertamente no conocía el suelo que pisaba, ni supo aprovecharse de sus ventajas".

Debe advertirse que Bustamante deslizó otras censuras semejantes, por supuestos errores militares o políticos. Tal vez lo hizo por evitar

la calificación de panegirista incondicional, o porque su admiración sincera y su amor indudable para el caudillo y la causa de la Independencia se debilitaron en ocasiones por un pequeño rencor reprimido. Esto no quiere decir ni mucho menos que Morelos fuera un hombre perfecto e infalible. Sus errores, sus limitaciones, sus debilidades y sus fracasos aparecen como evidentes en su condición humana y sus circunstancias de educación y ambiente. Pero las críticas de Bustamante no parecen muy justificadas. Cuando se trata de errores de táctica o de estrategia es aventurado decidir desde lejos lo que un jefe hizo o dejó de hacer.

Con motivo de la muerte de Trujano escribió el mismo Bustamante:

“Jamás perdonaré al General Morelos el que mandase a esta correría a un hombre que debiera tener a su derecha mano, reservándolo para empresas más grandiosas.” Estas palabras sugieren la actitud de un juez frente a un culpable, como si el mismo Morelos no hubiere sido el primero en lamentar la muerte del valeroso Trujano, que fue un azar de guerra, como pudo haber sido en muchas ocasiones la muerte del mismo Morelos, que siempre se prodigó en las empresas más peligrosas, salvo cuando sus propios subordinados materialmente lo forzaban a alejarse de un riesgo inminente. Por otra parte, es cierto que Morelos no tuvo buenos consejeros políticos ni aprovechó las ventajas de su posición en Oaxaca, pero ello no se le puede imputar como una falta y solamente sirve para explicar en parte el fracaso de esta etapa de la revolución.

Todas las ventajas obtenidas por Morelos y el enorme incremento que adquirió el movimiento de insurrección, son fruto directo de la rápida campaña que se inició con la elección de Tehuacán como base de operaciones. Esta campaña, tan rápida y tan afortunada, es la que proporciona al nombre de Morelos mayor lustre. El número de combatientes no permite comparar las hazañas de Morelos con los hechos de armas de que ha sido teatro el continente europeo.

Pero si no es sensato hacer una comparación por la magnitud, sí es justo señalar al triunfador de Oaxaca como un guerrero que hace evocar sombras de grandes generales. Salvando la desigualdad de elementos y la diferencia de escenarios, no es ridículo acordarse de la rapidez sorprendente de Bonaparte. Cuando las circunstancias se presentaron desfavorables, supo Morelos alejarse pronto, y con la menor pérdida posible, del lugar peligroso. Nunca excusó para su persona las fatigas y riesgos comunes a sus soldados: no abandonó la severidad

y firmeza de su disciplina ni la reserva de sus movimientos, ni dejó de aprovechar todo el fruto de sus éxitos y de los errores de sus contrarios.

La fortuna, que desde esta época hasta su muerte lo desdeñó sin cesar, acompañó sus pasos en esta campaña desde que salió de Cuautla, aniquilado y solo, hasta que entró, lleno de gloria, en Oaxaca, entre los clamores triunfales de su ejército.